

El Yerbero

por Federico VILLOCH

A HORA, que por circunstancias del momento, el precio de la mayor parte de las medicinas se ha puesto por las nubes y que, además, se duda de la veracidad de muchas de ellas, el yerbero y sus yerbas curativas están imponiéndose otra vez al público, como en aquellos «tiempos de antes», en que le hacían a la farmacopea tan ilícita como—para ellos—provechosa competencia. Todo vuelve. Ha vuelto el negro viejo «ño Nicanor», vendedor especialista de la «doradilla» para curar los males del hígado, portando su inseparable paraguas blanco, nuevo Hailé Selasié, a recuperar su imperio callejero de Abisinia. Ha vuelto el apergaminado pardo Don Evaristo, último ejemplar de su raza india de Oriente, a ofrecer de puerta en puerta sus macitos de «guisazo de Baracoa», y sus botes del maravilloso jarabe de güira cimarrona para curar la «tisis del pecho». Ha vuelto la parlanchina vieja isleña Doña Guadalupe, nueva Reina de Saba, a ofrecernos sus resinas olorosas, sándalo, etc., y sus fantásticos tesoros curativos para dominar las más rebeldes dolencias. Han vuelto, en fin, a florecer en los mercados—Único, Vapor, Polvorin—como jardines babilónicos de profusos y complicados enramajes, los puestos de yerbas medicinales, orgullo de la botánica criolla y sonrojo de la química moderna...

A lo que diría un sabio yerbero:
—Verdad que de esos yerbajos salen las más acreditadas patentes farmacéuticas, venas inagotables de las boticas; pero, «el agua hay que beberla al pie del coco», el calamar hay que comerlo en su tinta, y la cimarruda hay que aprovecharla en su propia selvática bejuquera.

Cada época cubana ha tenido su yerba específica determinada, de moda, como si dijéramos: el caisimón, la yerbabuena, el bejuco ubí, la peonía, la yagruma, etc.; como cada período político su caudillo: Masó, José Miguel, Menocal; todas y todos prometiendo curar los males de la patria y de sus ciudadanos. A veces, una circunstancia afortunada pone en auge una yerba, y ya «en el grito», se aplica sin resultado favorable a todas las dolencias, venga o no a cuento; y lo propio sucede con el político de cartel, cuya plataforma no suele responder siempre a las verdaderas necesidades del «cuerpo» social, porque, como decía el sabio Don Felipe Poey: Bueno es el culantro, pero no tanto...

De yerberos populares recordamos el negro viejo conocido por «Pata de Palo», que acostumbraba a hacer su recorrido por los barrios de Colón, La Punta, San Lázaro, en los que contaba con una buena marchantería. Hablaba de sus curas famosas, como un médico o curandero de nombre de las suyas. De algunas aseguraban sus admiradores que eran milagrosas. Los bodegueros de esos barrios y abonados a sus quintas regionales, cansados de los fracasos que en ellas sufrían, a última hora se refugiaban en la ciencia de «Pata de Palo», y ellos eran los primeros en propalar que habían obtenido resultados a todas luces positivos.

Por «allá abajo», «por los almacenes», la que tenía más fama era «la Mulata Isidra», que vivió toda su vida—1885, 90, 93, etcétera—en una accesoria de la calle de Curazao, próxima a la de Luz, detrás del Colegio de Belén; pero ella, además de yerbera, era curandera y preparadora de las «chichas», «beberajes» y «tisanas» que les recetaba a sus enfermos, no pocos de las clases más elevadas y pudientes: se asegura que una muy alta autoridad de la Colonia le prestó oídos para curarse de un eczema rebelde que padecía en una pierna. Llegó a los ochenta años, y se dice que cuanto ganó, y ganó mucho, lo distribuyó en limosnas; siendo ferviente devota y gran protectora de San Lázaro; y se decía en su abono que nunca entró en ninguna «cura fea». Refiérense de «la Mulata Isidra» frases ingeniosas y pintorescas. Cuando se hablaba de que una persona era algo alocada, fantástica, proyectista, decía «que con unas hojas de higuera en la cabeza se le curaba la locura». De ella es la frase que los antiguos empleaban como el único remedio para curar el catarro: «Sebo y rincón».

En una época—1889, 90-92—la visitaba con frecuencia el simpático médico bohemio, de nuestro grupo de «El Figaro» y «La Habana Elegante», doctor Benjamín de Céspedes, quien en vista del gran éxito de su libro «La Prostitución en La Habana», pensó escribir «La Brujería en La Habana»—que no llegó a terminar—para

documentarse, pero acabó por suspender sus entrevistas, diciendo que nada sacaba de ellas porque la curandera le había resultado muy «científica». Benjamín era tan ocurrente como culto: encantaba oír sus diálogos con Ramón A. Catalá, el inolvidable compañero de «El Figaro», fallecido recientemente, y también como Benjamín, dado a la broma y al chiste,

os en
dros
jer-
LUSU-
LETT-
mo se
se-
os dls-
eseo de
e just-
LITL de
scelrt-
o de is
a apra-
pranos
Los Ro-
ontaga
deleuge
scuics
mosocly-
je con-
u m es-
e calca
e al ol-
lta' no
e jubo-
bol es-
de exta-
jlorpa
jgshen-
jes jos
AORTICAJO
QUU SU JS
LCS OUST

como lo demostró en los principios de aquel semanario y durante largo tiempo, escribiendo la crónica de entrada del mismo, con el título de Cris-Cris, al estilo de Luis Taboada, del «Madrid Cómico». En su obra incompleta «El Gorrion», Benjamín hablaba de los infinitos menurjes y brebajes que se hacían en aquel tiempo con yerbas—romerillo, cundiamor, eucaliptus—para curarles el vómito a los españoles recién llegados. Otros yerberos conocimos, como Don Frollán, un pardo dominicano abastecedor de los laboratorios clandestinos donde se fabricaban, entre otras patentes acreditadas y de gran consumo, la «Zarzaparrilla de Bristol», el «Licor de Brea»—no el acreditado del doctor González—, hecho a base de distintas resinas, quinas y vinos curativos, productos de infusiones de «Palo de Campeche» y otras raíces, e infinitas variedades de tinturas para el cabello y unguentos maravillosos que hacían crecer el pelo; siempre se le veía con un gran lío de papel de periódicos debajo del brazo: «la materia prima», decía él.

Barrido por una «razia» que llevó a cabo el gobierno de la intervención americana de Magoon, contra esos embaucadores—atendiendo quejas de los droguitas extranjeros—desapareció de Cuba Don Frollán, juntamente con algunos de aquellos droguitas de pega que lo favorecían: en una de las plazuelas más céntricas de La Habana existió por largo tiempo un laboratorio, bajo la dirección de un doctor profesional, harto conocido, que ni los más renombrados de Nueva York, París, Londres, etc., en cuyas paredes exteriores leíanse en grandes cartelones, a ciencia y paciencia de las autoridades sanitarias, los nombres de los artículos farmacéuticos que allí se fabricaban, en colaboración con el yerbero Don Frollán y otros; al doctor se le siguió un proceso, y el laboratorio fué clausurado...

No sabemos si aún viven y pregonan sus bejucos y yerbas salutariferas por Vives, Peñalver, Gloria, Omoa, Pila, Estévez, Domínguez y otras calles de Jesús María, Tallapiedra, El Matadero, etc., el «negro lino», que contaba con una buena clientela entre los bodegueros jóvenes de aquellos barrios, por su especialidad en yerbas amorosas y su fama de experto «componedor de bilongos». El casi centenarío «Calunga», oriental, del valle de San Luis, que vivía en Concepción de la Valla, y se vana gloriaba de haberles «cortado la fiebre» en el monte a Masó, Cebreo, José Maceo, Periquito Pérez y otros libertadores conocidos. El negro sententón «Nicasio», que con sus débiles piernas en paréntesis recorría a diario las barriadas de Monserrate, Colón y Punta, conduciendo a ambos lados de las caderas sendas canastas cargadas de yerbas, mientras lanzaba al aire su pregón característico: —¡Mejorana!... ¡Yerbabuena!... ¡Doradilla!...

Corrientemente, todos estos yerberos, con el peso de las canastas, tenían las piernas cedidas.

Durante años fuimos fieles devotos de Nuestra Señora la Doradilla, que bebíamos como agua común, y gracias a cuyas probadas virtudes medicinales logramos sanar de una molesta afección hepática que padecimos en los comienzos de nuestra juventud, favoreciéndonos, al desaparecer, con este buen humor, fuente de tolerancia y paciencia, de que hemos disfrutado, a Dios gracias, y esperamos seguir gozando en lo que nos resta de vida: creemos en la doradilla, como aquel personaje de una comedia de Vital Aza «creía en Dios; y en el bicarbonato de sosa»...

Hasta hace poco existió en el patio de la Estación de Cristina, del Ferrocarril del Oeste, un mercado único de yerba, frente al otro Mercado Único de todo, con sus «filiales» por aquellos alrededores, al que acudía todas las mañanas La Habana entera a hacer sus compras: las ciguateras e indigestiones que el uno procuraba, el otro las extinguía con sus higueteras y culantros: no obstante, la Sanidad ordenó su desalojo, «para que no dijeran los turistas».

El más exquisito té del mundo no puede compararse con una infusión de yagruma y caña santa—y mejor si se le añade unas gotas de limón—muy recomendable, además, para combatir la presión arterial. Entre los antiguos era grande el número de los que sustituían el café con infusiones de yerbas aromáticas, la de la «caña santa», sobre todo; y al presente algunos lo hacen con la del anís, gran estimulante de las funciones digestivas; ni nada hay tan sabroso y reconfortable como una taza de cocimiento de hojas de naranja. En los ya lejanos días en que dialogábamos con la musa y escribíamos versos, abusábamos del café de tal modo que nos vimos en la necesidad de abandonarlo por completo, así como el cigarro y el tabaco; sin que en lo adelante notásemos su falta; si bien nos agrada estar al lado de un buen fumador, para aspirar el rico aroma de la hoja vueltabajera. Como se dice vulgarmente, «nos conformamos con el olor».

Nuestro pariente, el rico comerciante Francisco Menéndez Pérez, de quien por distintos motivos nos hemos ocupado varias veces en estas viejas postales descoloridas, curó radicalmente en su juventud de una rebelde enteritis que lo tenía al borde del sepulcro, gracias a una cazuela de cimarruda, o cimarruba, que le compusiera la parda Tomasa, esclava cuartada, a la que, agradecido, le regaló cuatrocientos pesos para que acabara de obtener su libertad, consignándole, además, en su testamento, un buen legado.

Pepe Cano, antiguo y rico comerciante importador, tasajero, también curó de una tenaz afección a la vejiga con unas tomas de «pelusa de maíz» que le recomendara otra yerbera famosa; y así muchas personas conocidas, entre ellas, el renombrado médico Benito Valdés, que vivió largos años, 1880, 89, etc., en los altos de la casa Amistad, esquina a San José, quien se hacía lenguas proclamando a los cuatro

3

TRIMONIO DOCUMENTAL DE LA HABANA

vientos las virtudes de la «manzanilla romana», estomaquicas y febrifugas. Para el gran clínico cubano, natural de Islas Canarias, doctor Cabrera Saavedra, no había como la infusión de raíz de altea—baños, enemas, etc.—, de la que se extrae el malvavisco, planta histórica a la que en un tiempo se le atribuyó la «curación de la tisis»; y aquí del guachinango: —Pues, ¿y quién sabe, señor?

El puro yerbero es el de la ciudad; el del campo cae generalmente en los dominios de la brujería.

Hay yerbas que parecen benditas por las mismas divinas manos del Señor: en casa de nuestros abuelos—los nuestros y los de ustedes—no faltaba nunca el «agua de grama», que se tomaba por agua común; ni en los canteros del jardín del patio el jazmín de cinco hojas, cuya infusión aleja el pertinaz insomnio; ni en los muros de la azotea, los cajoncitos de tierra colorada con la mata de albahaca, de la yerbabuena, de las hojas de yantén; yerbas familiares que nos acompañaban en sus macetas y recipientes hasta en las mudanzas de casa, como un mueble más, y con todos los cuidados de un miembro querido de la familia... ¡Aquellos antiguos patios criollos, fantásticos jardines de ensueño, donde se respiraba el aroma

mezclado de todas estas yerbas y flores: el de nuestro amigo Juan Gratacos, en su casa de la calle Real, de Guanabacoa; el de Francisco Gimeno, en la suya de la calle del Río, en Matanzas; el de Pepillo Montalvo, en la calle de las Virtudes, en La Habana; los de Jorrín y Fernández de Castro, en el Cerro, y tantos que recordarán nuestros lectores!

En el trayecto de Playita a Dos Ríos —12 de abril-17 de mayo de 1895— cuenta Máximo Gómez en su diario, que le iba mostrando a Martí el sinnúmero de yerbas medicinales que producen los campos de Cuba, a las que sólo se atienen nuestros campesinos para la curación de sus enfermedades. Como hombre de campo, tanto como de guerra, que era, Máximo Gómez las conocía todas, y se las iba citando a Martí en sus marchas a pie y a caballo, en una larga lista en la que, entre otras, figuraban: el itamo real, la yerbaluísa, la cimarruba, la yerbabuena, el rompezaragüey, la caña fistula, la malva, la vicaría blanca, el romerillo, la yagruma, el cordobán, el tomillo, la mejorana, la salvia, el saúco, la caña santa, la dora-dilla, el guisazo de Baracoa, el perejil, el cundiamor, la artemisa, la grama, el yantén, la higuiereta, el palo de jaboncillo, el tilo verde, el bejuco ubí, el bejuco de boniato, la fruta bomba, el marañón y sus semillas, el culantro, la yaguama, la sabin, el brasilete, las hojas de sen, la yerba mora, para las afecciones de la garganta; el mastuerzo, para los riñones, etcétera.

Después, Martí, tiene ocasión de citar algunas de estas yerbas en su diario, con sus aplicaciones correspondientes, como se verá a continuación:

«Va y viene ligera—dice, refiriéndose a Caridad Pérez y Pifió—le chispea la cara; de cada vuelta trae algo más, café, culantro de Castilla, para que cuando tengamos dolor de estómago por esos caminos, mastiquemos un grano y tomemos agua encima. Trae limón».

«En un grupo hablan de los remedios de la nube en los ojos: agua de sal—leche del itamo, «que le volvió la vista a un gallo—la hoja espinuda de la romerilla bien majada—una gota de sangre del primero que vió la nube—. Luego hablan de los remedios para las úlceras: la piedra amarilla del río Jojo, molida en polvo fino; el excremento blanco y pelado del perro, la miel del limón: el excremento cernido y malva».

«Vi hoy la yaguama, la hoja fénica que estanca la sangre, y con su mera sombra beneficia al herido: «machuque bien las hojas y métalas en la herida, que la sangre se seca». Las aves buscan sus sombras».

«Que la sabin olorosa como el cedro, da sabor y eficacia medicinal al aguardiente. Que el té de yagruma, de las hojas grandes de la yagruma, es bueno para el asma».

«Está muy turbia el agua crecida del Ccntramaestre, y me trae Valentín un jarro hervido, en dulce, con hojas de higos».

«Artigas, al acostarnos, pone grasa de puerco sin sal sobre una hoja de tomate, y me cubre la boca del nacido».

«Preparan purgas de higuieretas para los enfermos».

«A César le dan agua de hojas de guanábana, que es pectoral bueno y cocimiento grato».

—Como ve usted—le dijo Máximo Gómez a Martí al dar por terminada aquella instructiva e interesante excursión herborística—los pródigos campos de Cuba ofrecen las más variadas yerbas medicinales para sanar cuantas dolencias puedan atacar a sus hijos.

Le faltó al buen viejo—nuestro Yerbero amado—dar con aquella que logre curar el afán politiquero y el ansia febril de enriquecerse a toda costa y sin escrúpulos, que domina a no pocos de ellos.

Hoy, el pacífico y buen yerbero que nos brindaba la salud y la vida con sus cargas de mejoranas, romerillos, yagrumas, etcétera, va desapareciendo lentamente, desplazado por ese competidor avieso y solapado que se interpone en su camino para vender la yerba siniestra del crimen, del suicidio, de la locura, esa yerba maldita que está acabando con nuestras juventudes; cuyo solo nombre horripila pronunciarlo, y que ni una sola vez menciona el dulce Apóstol en su diario; porque ella, y otras yerbas malas, vinieron después...

Orte, marzo 1904

ricos en
nctivos
es ya
opelusu
se lejt
nismo se
dos' se
los bla
deseo de
n e ma
tlich de
locat
co de ja
es cnpa
cnpa
los so
tonis
eiglebe
peditos
democls
u je con
en ni es
te celta
s an ol
rlye' no
e e imbo
o bor es
de exte
e unora
btqmen
prea ya

TRIMONIO DOCUMENTAL DE LA HABANA